

unidad suprema, en que lo limitado y lo ilimitado se identifica. A esta triada corresponden la bondad, la sabiduría y la belleza divinas. Hé aquí la simbólica, que partiendo del Oriente, entra en la escuela itálica encabezada por Pitágoras, semejante á un revelador oriental, que tiene el rostro vuelto hácia el Asia; y luego se desarrolla en la academia de Platon, revelador oriental que tiene vuelto el rostro hácia Europa; y luego pasa en su desenvolvimiento natural á la ciudad de Alejandría, donde los semitas llevan su Dios judío y los helenos su Verbo platónico; y desde aquí se dilata sobre el Evangelio de San Juan y sobre las arengas de San Justino y San Clemente, penetra en el concilio de Nicea por obra de San Atanasio y en la Iglesia latina por medio de San Agustin, reluce durante la Edad media en el alma de San Buenaventura, el San Pablo de la religion franciscana; hasta que al caer Constantinopla en el siglo décimoquinto, crea la Italia del Renacimiento, y desde la Italia del Renacimiento llega, en su desarrollo último y en su último día, al colosal espíritu de Servet, ese heredero de Marcilio Ficino, ese predecesor de Giordano Bruno.

La teología cristiana, encontrándose con esta grande y luminosa elaboracion metafísica, debia necesariamente aprovecharla para explicar la naturaleza divina de Cristo, especie de mediador entre la divinidad y la humanidad; copartícipe de ambas como el alma, la naturaleza y la inteligencia participan en los sistemas neo-platónicos de la divina unidad. Así el Evangelio de San Juan hace del Mesías judío, del Redentor cristiano, el Verbo platónico, en consonancia con toda la escuela alejandrina. En este Verbo divino se hallan los arquetipos de todas las ideas, los modelos de todas las cosas, las virtudes productoras de todas las creaciones, la mediacion entre la tierra y el cielo, entre la criatura y el Criador. Las naturales contradicciones del pensamiento humano, trajeron la herejía de Arrio, y la herejía de Arrio disputó á Cristo su carácter de Verbo, y por consecuencia, su carácter de divino. Si Cristo no era Dios, la Iglesia estaba completamente perdida como institucion sobrenatural y divina; y si la Iglesia se perdia en el momento de aparecer las tribus germánicas y derrumbarse el Imperio romano, la cultura universal naufragaba en aquel oleaje de cenizas recién caídas del mas tremendo de todos los incendios. La divinidad de Cristo, dado el uno y singular Dios de la raza

semítica, no podia comprenderse ni explicarse, sino por la teoría platónica de una hipóstasis identificada con Dios por la esencia de la sustancia y distinta y separada de Dios por la determinacion de la personalidad. Así nació, en aquel siglo cuarto, extraordinariamente crítico para el género humano, la doctrina trinitaria de Nicea, que apercibió la educacion del mundo germánico y la sustitucion del mundo romano. Solamente la Iglesia universal podia sustituir al Imperio universal; y solamente podia universalizarse la Iglesia si su fundador era Dios; y solamente podia su fundador ser Dios, si era el Verbo, es decir, una hipóstasis divina, segunda persona de la Trinidad Santísima, creadora y conservadora del universo. El helenismo venia, pues, con su gran sistema platónico á hacer del Judaismo el Cristianismo. Cristo, en este nuevo Tabor espiritual, se trasfiguraba hasta identificarse y confundirse con Jehová. La escuela de Alejandría solamente habia podido dar la clave de la ciencia teológica cristiana, como el estoicismo diera la clave del derecho romano. Nada se pierde en la historia, ni un átomo de idea. Todo se trasustancia y transforma. Aquellos moralistas estoicos, que nos parecen unos seres abstractos, levantando las bases del derecho civil nos daban nuestro hogar y nuestra familia; y estos alejandrinos, tan sutiles, que juegan desatentadamente con todas las ideas, nos daban nuestra teología y nuestra metafísica, explicándonos nuestro Verbo divino y nuestro Espíritu Santo.

Las ideas de Servet mezclan el panteismo alejandrino con el pelagianismo católico; y el pelagianismo católico, enemigo de la gracia tal como la comprendian los luteranos, con el arrianismo mitigado; y el arrianismo mitigado con el anabaptismo extendido á la sazón por Alemania y por Holanda. Hijo de su siglo, pensaba que la Biblia debia considerarse como la suma perfecta de toda la religion cristiana. Pareciéndose en esto á Vives, á Erasmo, á Lutero, á Calvino, á todos los pensadores de aquella edad, oponia el texto exacto de las escrituras divinas al comentario de los sacerdotes y de los cleros. Combatia el Cristianismo histórico, pero con textos y citas de los libros cristianos. Alcanzaban todos á una en tal período que la razon carecia de fuerza para imponerse á un mundo pagado de la fe; y por consecuencia en su liga contra la verdad tradicional evocaban la verdad primitiva, y para encontrar la verdad primitiva, ó por lo menos para mostrarla en toda su sencillez y

esplendor á la vista de los creyentes, la inquirian en el Evangelio y en la Biblia. No obstante esta servil adoracion á los libros sagrados, Servet, creyendo á Cristo hijo de Dios y Salvador de los hombres, no lo creía Dios mismo ni consustancial con el Eterno. Las dos naturalezas de Cristo repugnaban por completo á la claridad de su concepcion y á la sencillez de su lógica. Hombre divino le parecia, mas no por identidad con el Padre, sino por haber recibido de Dios mismo la plenitud de la divinidad. Aunque Servet envuelva sus afirmaciones en fórmulas muchas veces cristianas y aun católicas, el fondo de su pensamiento y de su doctrina tienen una claridad etérea. El Dios único, el Dios absoluto, el Dios infalible, el Dios omnipotente, el Dios eterno, el Dios omnisciente es el Jehová de los judíos, el sér absoluto de los platónicos, el motor inmóvil de los aristotélicos, porque luego los tipos y los arquetipos, las personas y las cosas, el fuego y el aire, los ángeles del cielo y el alma de los hombres, Cristo y su palabra no son mas que derivaciones ó emanaciones de la divina y eterna sustancia. La doctrina, pues, que repugnaba con repugnancia mayor al claro y profundo entendimiento del sabio español, era la doctrina de Atanasio, dictada en el siglo cuarto al concilio de Nicea y defendida con todos los medios materiales de la pública autoridad por el Emperador Constantino. Esta doctrina de la identidad del Verbo con Dios, habia pasado por completo á las dos Iglesias, á la Iglesia griega y á la Iglesia latina, las cuales se diferenciaban respecto á la Trinidad tan solo en lo del proceso ó proveniencia del Espíritu Santo. Y así como la identidad del Verbo con Cristo y de Cristo con el Padre habia quedado en las dos Iglesias separadas despues del cisma, tambien habia quedado en las Iglesias protestantes separadas despues de la revolucion religiosa. La divinidad de Cristo, por tanto, es dogma esencial á la Iglesia católica, dogma esencial á la Iglesia griega, dogma esencial á la Iglesia protestante, dogma esencial á todas y cada una de las Iglesias cristianas. Pero si alguna Iglesia necesitaba de tal dogma en verdad mas que las otras, era la Iglesia protestante, donde la salvacion estriba, no en los méritos propios, no en las propias obras, sino en los méritos y en las obras de Cristo, Redentor y Salvador de los hombres. Por consiguiente, al proclamarse anti-trinitario, Servet, en la hora tremenda del combate á muerte y sin piedad entre la Iglesia católica y la Iglesia pro-

testante, pareciase á quien se colocara inerme entre dos ejércitos en fuego. Su elocuencia, su inclinacion panteística, su misticismo neo-platónico, su inquietud nerviosa, sus vaguedades innumerables, sus apocalipsis de ideas, su teoría de la emanacion, dábanle cierta semejanza en la revolucion religiosa del siglo décimosexto, con el gran Orígenes en la sublime y antigua revolucion cristiana. Aunque trate Servet de ocultarlo, y unas veces lo disfrace con palabras rabínicas y otras veces con fórmulas theúrgicas, lo cierto es que la doctrina de las emanaciones, doctrina panteística, en todos sus libros aparece como la base de su pensamiento capital y la Trinidad cristiana como el blanco de sus contradicciones y de sus argumentos.

Veamos el desarrollo histórico de su doctrina. Precisa no poner en olvido que nació en Navarra, que estudió en Aragon los estudios menores, que pasó á Tolosa para industriarse en los estudios mayores, que acompañó al confesor de Carlos V por Italia, que residió en Alemania durante la Dieta de Augsburgo, que pasó á Basilea henchida entonces de pensamientos y de doctrinas, que de Basilea se fijó en Alsacia, region por la cual pasaban los apóstoles de Suiza, de Alemania, de Francia, de Holanda, formando una especie de conjuncion ó sincretismo en correspondencia con la geografía particular de tan extrañas regiones. Imaginaos un hombre ardiente que para extinguir el fuego cuyo ardor lo consume se lanzara en las vorágines del Vesubio. Tal fué Servet en sus peregrinaciones por las tierras cuyo suelo estremecian las agitaciones de la revolucion religiosa. Lo que mas indudablemente le agranda hoy á los ojos de la posteridad, es aquel interés por todos los problemas divinos y humanos que caben dentro de la inmensa extension del espíritu. El planeta con sus mares y sus tierras; el cielo con sus soles y sus mundos; el hombre y su fisiología; el espíritu y sus facultades; Dios y sus atributos; la comunicacion del alma con el cuerpo; la comunicacion de la criatura con el Criador; las hipóstasis divinas, las emanaciones eternas, la luz en el Universo y la sangre en el cuerpo, todo cuanto puede despertar la humana atencion, todo, le llamaba con tales llamamientos, que se parecia su espíritu inquieto á uno de esos ángeles enviados por Dios en los dias creadores á sembrar de orbes y de ideas la creacion entera.

En Alsacia Servet se consagró principalmente á explicar, mediante varias

obras, sus ideas capitales respecto á la naturaleza de Dios, ideas contrarias por completo así al dogma de la doble naturaleza de Cristo, como al dogma de las tres personas idénticas en Dios.

Alsacia no debía bastar, no, á su inquietud; necesitaba campos ó bien de batalla donde combatir, ó bien de labor donde sembrar. Para esto, ningun punto como aquel Paris, agitado á la sazón por tantas y tan contradictorias ideas. Parece imposible que un jóven, solo, pobre, sin amigos, sin parientes, sin auxilio alguno, pudiera recorrer tantas tierras, habitar tantas ciudades, imprimir tantas obras. Tal vida extraña, de apostolado errante, se concibe allá en la Palestina, donde los árboles ofrecen á las orillas del camino sus frutos regalados y los aires dulces y tranquilos parecen como una cubierta de seda bajo la cual puede dormir sereno y á sus anchas el errante peregrino. Pero vagar por las desapacibles orillas del Rhin ó del Sena, donde tan contraria es la húmeda y triste atmósfera al hombre, donde la rudeza del clima pide así alimentos sazonados como mucho abrigo, vagar en el apostolado de ideas científicas y modernas que no podían esperar la intervencion del milagro en favor suyo, demuestra cómo cambian los accidentes y las circunstancias en la historia y cómo queda el género humano con todas sus vocaciones al apostolado, al sacrificio y al martirio. Paris tiene decisiva influencia en la vida y en la muerte de Servet. Allí conoció al jóven y ceñudo teólogo, de complexion arisca, de carácter adusto, de severidad cruel, organizador de la libertad hasta convertirla por su organizacion en tiranía, y que, atendiendo al estudio de las ciencias teológicas y de las leyes humanas, debía producir aquella doctrina espiritualista y aquel Estado democrático, los cuales, irradiándose luego por el mundo, iban á traer la semilla de la República cristiana, cuyos albores se vieron en Suiza y en Holanda, y cuyo mediodía completo en la América de los puritanos y de los cuáqueros. Si el pobre Servet hubiera observado aquellos finos labios propios para el disimulo, aquella nariz aguileña semejante al pico del milano que delataba terribles ambiciones, aquellos ojos de lechuza que despedían fosforescencias siniestras, aquella frente espaciosa, pero surcada de sombrías arrugas en las cuales veíase impreso el fanatismo, seguramente viera una triste naturaleza de grandes y colosales proporciones, así para formular una idea en las regiones de la teoría, como para organizarla en

la region de la práctica, pero cruel, implacable, vengativa como suelen las naturalezas de todos los dictadores, y especialmente de los dictadores teócratas. Él, que lo trataba, debía desde luego haberlo conocido en su carencia de toda sensibilidad y de toda imaginacion, en su voluntad férrea, en su desprecio del mundo y de sus ambiciones, como una especie de tirano que cree la tiranía indispensable instrumento hasta para fundar la libertad, y huyera indudablemente de aquel hombre á cuyas fauces iba irresistiblemente arrastrado como el pájaro á las fauces de la fascinadora serpiente. Servet, á pesar de su astrología, de su theurgia, de su magia, de su quiromancia, de su alquimia, era un sabio á la moderna, racionalista en su criterio, liberal en sus ideas, franco y abierto con la franqueza de la noble raza á que pertenecían sus padres, comunicativo, incapaz de comprender las crueldades del gobierno y la fria razon de Estado é incapaz de apelar en sus polémicas á otra fuerza que no fuese la vívida fuerza de su razon y de su inteligencia. Allí hizo Servet lo mismo que habia hecho en Alemania y en Alsacia, ejercer además de su razon propia, el apostolado, por cuya virtud una razon superior incita y mueve á las demás á comulgar con ell. Creido profundamente de que la idea del Dios único y la eliminacion del carácter divino en Cristo restituían al Cristianismo toda su pureza, trató de persuadir á un hombre del grande entendimiento y de la fuerte voluntad patentes en Calvino. Aunque varias conferencias tuvieron, la mas solemne y de antemano citada y convenida no pudo celebrarse á causa indudablemente de las persecuciones religiosas, tanto mas de temer entonces, cuanto que menguaban ó crecían á los caprichos continuos de la política cortesana y de las voluntariedades del rey. Lo cierto es que allí concibieron uno y otro respectivamente los propósitos tenaces que tan funestos debían resultar en lo porvenir á la vida ilustre de Servet y á la fama póstuma de Calvino. En aquella ocasion solemne, Servet adquirió la inclinacion incontrastable á convencer á Calvino, y cuando no podía convencerle, á contrariarle y argüirle. Y Calvino concibió la inclinacion incontrastable á responder con las fuerzas coercitivas á las ideas puras: dobles inclinaciones fatales igualmente para uno y otro, pues si del uno acabaron la vida, del otro menguaron la reputacion y el nombre.

Apurado, muy apurado Servet, consagróse al oficio, entonces difícil y